

Chiquimula 1980: Un tributo a mis compañeros de internado y la experiencia de toda una vida

Chiquimula 1980: A tribute to my medical internship fellows and the experience of a lifetime

Cesar A. Moran⁽¹⁾.

1. Patología Torácica, Departamento de Patología, M D Anderson Cáncer Center, Houston, TX.

Correspondencia: Dr. Cesar A. Moran, cesarmoran@mdanderson.org

Recibido: 29 de Agosto 2022 - **Aceptado:** 18 de Septiembre 2022 - **Publicado:** Diciembre 2022

Resumen

Este es el relato histórico de la experiencia que cambió mi vida: el internado hospitalario en Chiquimula en 1980. La vida profesional de un médico, aunque pueda estar llena de altibajos, es en general una vida, más que todo, llena de satisfacciones personales, las cuales por sencillas que sean, nos hacen sentir que de alguna manera hemos cumplido con la misión que se nos ha encomendado: proveer salud a los pacientes a los cuales nos debemos. Sin embargo, para llegar hasta esa posición, ese mismo médico ha tenido que pasar por todos aquellos años de estudiante de medicina. Es, en esa época, que quizá haya una experiencia que queda grabada en nuestra memoria, en mi caso fue el internado hospitalario. En cierta manera, el ser interno nos pone de frente, probablemente por primera vez, en una situación de verdadera responsabilidad. En este relato histórico haré mención del internado que en 1980 vivimos en el hospital de Chiquimula, el cual forjó no solamente la carrera médica de siete estudiantes de medicina, sino también dictó su porvenir. Ahora que han pasado más de 40 años desde aquella experiencia, estos mismos “estudiantes de medicina” se han reencontrado para tratar de brindar explicación, a manera de consenso, a toda aquella experiencia y ponerla en perspectiva de lo que eso ha significado en sus vidas, profesional y personal. El internado hospitalario es la experiencia que aún vive en nuestra memoria y que con el paso del tiempo ha dictado, en mucho, lo acontecido en nuestras vidas.

Palabras clave: Guatemala, Chiquimula, internado médico, historia.

Abstract

This is the story of a life changing event: the hospital internship experience in Chiquimula in 1980. The professional life of a doctor, although it may be full of ups and downs, is in general, a life, more than anything, full with personal satisfactions, which however humble they may be, make us feel that in some way we have fulfilled the mission that has been entrusted to us, which is to provide health to the patients to whom we owe ourselves. However, to get to that position, that same doctor had to go through all those years as a medical student. It is, at that time, that perhaps there is an experience that remains engraved in our memory, in our case, the hospital internship. In a way, the inner being puts us face to face, probably for the first time, in a situation of true responsibility. In this historical account, I will mention the medical internship that we lived in in 1980 at the Chiquimula hospital, which not only forged the medical career of seven medical students but also dictated their future. Now, that more than 40 years have passed since that experience, these same "medical students" have met again to try to explain, in a consensus type, all that experience and put it into perspective of what it has meant in their lives, professionally and personally. The medical internship is the experience that still lives in our memory and that over time has dictated, to a large extent, what happened in our lives.

Keywords: Guatemala, Chiquimula, medical internship, history.

Introducción

Preámbulo al internado – 1979. La vida política que el país vivía hacia finales de 1979 era difícil, quizá peor para los que habitaban en el interior del país. Nuestro externado médico estaba llegando a su término, y por consiguiente, teníamos que asumir la responsabilidad de convertirnos en internos. En este marco de incertidumbre, teníamos que confrontar una decisión cuyas consecuencias no podían ser estimadas: escoger el hospital para realizar nuestro internado. Algunos de nosotros teníamos cierta amistad adquirida durante los años como estudiantes de medicina. Con Hugo Franco ya éramos amigos desde los años de bachillerato en el Instituto Nacional Central para Varones, mientras que con Romeo Ordoñez la amistad había surgido durante las rotaciones como externos en el hospital Roosevelt. También es de hacer notar que ninguno de nosotros tres sabía de Álvaro Recinos, Arturo García, Julio Palacios, o Lucio Sosa. El hospital modular de Chiquimula en ese entonces ofrecía 6 posiciones para internos [1].

Seguramente el lector ahora se preguntará porque hay siete nombres aquí incluidos, y para esto hay una explicación, la cual haré notar más adelante. Como era de esperarse, en esos tiempos, el hacer internado en el interior del país, suponía una renuncia tácita a presentarse a una oposición de especialidad en los hospitales capitalinos. Bajo esa incertidumbre que eso nos causaba, fue Romeo Ordoñez, quien en su rotación de Medicina Integral había efectuado tal rotación en Jocotán, Chiquimula, y por ende el único que tenía alguna experiencia con Chiquimula. Fue Romeo quien inició cierta conversación con mi persona a cerca de la posibilidad de escoger al Hospital Modular de Chiquimula para hacer nuestro internado, mientras eso sucedía, yo por mi parte inicié la misma conversación con Hugo Franco, para ver si podíamos hacer una tripleta de amigos y así acuerparnos a lo que se nos viniera. Creemos que durante esos días, ninguno de nosotros estaba verdaderamente convencido que esa era la mejor decisión. Ahora, con el paso del tiempo, y en una reunión de este año (2022), he podido aprender la razón de otros amigos como Álvaro Recinos y Julio Palacios.

Finalmente vino el día de la escogencia del hospital para hacer el internado. Se nos convocó al campus de la ciudad universitaria para poder tomar esa decisión [1]. En ese día, recuerdo aún como Romeo y yo, discutíamos a donde deberíamos de irnos. Yo por mi cuenta desde hacía mucho tiempo me había hecho a la idea que mi internado sería en el Hospital Roosevelt, donde había realizado el externado. Nunca antes había considerado el salir al interior para mi internado. Los estudiantes con mejor promedio eran los primeros en escoger hospital para hacer el internado. El promedio de Romeo era mejor que el mío y por ende fue él quien pasó primero a escoger. La ceremonia era sencilla. Médicos de la facultad de medicina, en una pizarra grande tenían el listado de los hospitales y el número de plazas disponibles para efectuar el internado. El hospital de Chiquimula para cuando Romeo pasó a escoger tenía todavía las seis plazas disponibles. Cada vez que un estudiante ocupaba una plaza en un hospital, alguien en la pizarra disminuía una plaza a ese hospital. Finalmente vi a Romeo entrar al salón y sin esperar mucho tiempo, vi cómo se redujo una plaza en el hospital de Chiquimula. Al salir del salón Romeo con mucha seriedad me anunció que él había escogido irse a Chiquimula. A decir verdad, yo estaba nervioso y aún con cierta incertidumbre acerca de qué era lo que tenía que hacer. Por un lado, estaba mi amistad con Romeo y por otro lado, estaba mi deseo inicial de efectuar el internado en el hospital Roosevelt. Finalmente fue mi turno y en ese momento decidí que acompañaría a mi amigo Romeo a un lugar en el cual nunca en mi vida había estado. Chiquimula para mí era algo así como irme al extranjero, ni me lo imaginaba. Sin embargo, Romeo notó que después que yo pasé, nadie le hizo ningún cambio en la pizarra al hospital de Chiquimula, a pesar que yo había escogido ir a Chiquimula. Al salir del salón, Romeo pronunció unas palabras que hasta el día de hoy hemos hecho broma y fue el famoso “espaldarazo.” Y pronuncio: “Cesar me diste el espaldarazo.” El error luego se transformó en que al final terminamos siendo siete los internos en Chiquimula, debido a aquel “error” de quienes mantenían control del número de posiciones en los distintos hospitales nacionales. Por supuesto yo dejé claro que había escogido Chiquimula y así fue como aquel pequeño grupo de Romeo Ordoñez, Hugo Franco y mi persona entrábamos en una etapa que repercutiría por el resto de nuestras vidas. Lo que pasó por la mente de Álvaro Recinos y Julio Palacios para decidir ir a Chiquimula, es algo que hasta este año del 2022 en nuestra reunión pude saber y lo presentaré más adelante. Fue bajo ese preámbulo que el año de 1980 inició, y el día 1 de febrero de ese año, Romeo Ordoñez, Hugo Franco y yo hacíamos viaje a Chiquimula y allí nos reunimos con Álvaro, Arturo, Julio, y Lucio Sosa. Por primera vez este grupo de estudiantes tendría que trabajar muy de cerca por los siguientes seis meses como internos, con todas las responsabilidades del caso.

Discusión

Chiquimula 1980. Llegó el día 1 de febrero, día de inicio del internado y de repente nos encontramos que no éramos seis internos como habíamos pensado, sino que éramos siete, incluyendo caras nuevas. Aquello ya representaba una experiencia más, habernos encontrado en esta situación sin que ninguno de nosotros lo hubiese planeado de esa manera. En lo personal, me recordaba de Julio Palacios, ya que durante mis años de educación básica en el Instituto Rafael Aqueche, Julio también había sido estudiante de ese centro, aunque él iba unos años adelante. En cuanto a Álvaro y a Arturo, quizás los había visto casualmente. A Lucio Sosa no lo conocía y en nuestra primera conversación, fue él quien nos contó que era originario de Totonicapán. Me pareció desde que lo conocí, una persona callada, humilde, pero un buen amigo. Creo que fueron suficientes unas pocas horas para que todos nosotros pudiéramos congeniar. Algo interesante fue que debido a las demandas del hospital teníamos que estar de turno cada tercer día y los turnos en viernes comprendían todo el fin de semana. Los turnos eran básicamente estar de llamada para todo el hospital, para lo que fuera. El hospital en ese entonces nos pareció un hospital pequeño, pero con todos sus servicios. Algo interesante fue que el personal de enfermería era manejado por una monja, “Sor Miriam”, y algunas de las enfermeras también eran monjas, aunque la mayoría era laica. A todos se nos dio la posibilidad de vivir dentro del hospital, algo que a todos nosotros nos agradó de inmediato. Con la única excepción de Julio Palacios, todos los demás internos vivimos por los seis meses en el hospital. El hospital nos proporcionó hospedaje, alimentación, y también el vestuario médico. En retrospectiva, es fácil asumir que este tipo de convivencia jugaría un papel muy importante en la amistad que se forjó durante esos seis meses. La recepción que tuvimos por los médicos del hospital fue cálida. El director médico era el Dr. Rodolfo Sandoval, y los demás médicos, que aún recuerdo, eran el Dr. Mario Gil, Dr. Oscar Olivett, Dr. Juan Reyes, Dr. Lobo y quizás un par de médicos más, cuyos nombres no recuerdo. Es importante hacer notar que rápidamente varios de estos médicos nos demostraron la calidad humana y médica que poseían, es más, galenos como Oscar Olivett y Mario Gil, supervisaron la tesis de graduación de varios de nosotros. Creo que muy rápidamente, desarrollamos bastante respeto por ellos, ya que, como médicos, fueron muy capaces. En lo personal, buenos amigos, que aún al paso del tiempo esta amistad ha perdurado con algunos del grupo. Otro aspecto interesante para nosotros fue que debido a los turnos también teníamos que formar pequeños grupos para que estos se hicieran cargo de los turnos, Arturo y Álvaro formaron un grupo, Romeo y Cesar formaron otro grupo, y el grupo de tres fue formado por Hugo, Julio, y Lucio. Debo decir que esos turnos en muchas ocasiones fueron turnos comparables a la emergencia de cualquier hospital de la capital o aún más, ya que, con solo dos internos, uno tenía que cubrir la emergencia y el otro cualquier problema médico dentro de las diferentes áreas y atender partos en el área de obstetricia. Si alguna vez pasó por nuestra mente que irnos a Chiquimula iba a ser fácil, ahora comprendíamos que, de fácil no había absolutamente nada. Aquellos turnos requerían de decisiones médicas importantes y creo fue allí donde descubrimos ciertas realidades que uno confronta como médico. Por otro lado, ahora después de más de 40 años de esa experiencia, una de las preguntas que surgió fue: cuál fue la razón por la cual nos fuimos a Chiquimula, a esto Álvaro fue muy cabal en su respuesta y agregó – “tenía que desarrollar experiencia, la cual no me la permitirían en un hospital de la capital.” Ahora en retrospectiva y con toda honestidad, creo que esa explicación era válida para todos nosotros. Creíamos que nuestra formación como externos había sido buena, pero ahora era tiempo de probarla.

Por otro lado, no todo representaba trabajo, también para todos nosotros fue interesante encontrarnos con cuatro jóvenes mujeres que también hacían su ejercicio profesional supervisado de parte de las facultades de ciencias químicas y farmacia. Y también vale mencionar que encontramos a una joven norteamericana que también estaba haciendo sus prácticas de Nutrición – a pesar de que ella estaba de parte del “cuerpo de paz “. Aún recuerdo los nombres de las jóvenes Doroty Fuentes y Lizet Batres de la facultad de farmacia; Gladis Soto de la facultad ciencias químicas y de la nutricionista norteamericana Rene Schneider. Además, tuvimos la gran suerte de poder establecer buena relación con Sor Miriam, así como con la gran mayoría de enfermeras, y el personal que apoyaba al hospital. Hay que tomar en cuenta que nosotros éramos también huéspedes en el hospital. Debido a esto, resultó que en muchas ocasiones que no podíamos regresar a la capital, nos quedábamos en el hospital, ya sea para ayudar un poco a los compañeros que estaban de turno o para conocer la ciudad. Una anécdota interesante fue que a Hugo Franco se le ocurrió pedirle a Sor Miriam si había alguna posibilidad de obtener una mesa de ping pong para así poder divertirnos un poco dentro del hospital. Para nuestro agrado, Sor Miriam a través del carpintero que trabajaba en el hospital nos construyeron una mesa, la cual disfrutamos en nuestro tiempo libre. Conforme pasó el tiempo, este grupo de internos, las estudiantes de farmacia y la nutricionista norteamericana formamos un grupo que desarrolló una buena amistad. Algunos de los integrantes de este grupo desarrollaron amistades más serias que han perdurado a través de todos estos años, mientras que otras amistades quizás no pudieron sobrevivir el paso de los años, pero dejaron un recuerdo imperecedero.

Como todo en la vida, también hubo momentos muy dolorosos. Recuerdo un fin de semana, era día sábado, a eso de las 10 – 11 de la mañana, vi como Sor Miriam vino al comedor donde algunos de nosotros tomábamos un café, y vino explícitamente a preguntar por Julio, le llamo muy seriamente y ambos dejaron el comedor. Horas más tarde nos enteramos que la familia de Julio venia de visita a Chiquimula y por Sanarate habían tenido un accidente. Aún recuerdo ese día, como si hubiese sido ayer – algo que nunca he podido olvidar. Finalmente estábamos ya en junio y ahora era tiempo de decirnos adiós. Todos sabíamos que la experiencia que Chiquimula había dejado en nuestra vida profesional y también personal era algo muy especial. Sentíamos que toda aquella experiencia tendría que repercutir en nuestro futuro. Más, sin embargo, ahora venía otra experiencia que era el EPS rural. Algo interesante sucedió en esto. De los siete internos, dos de nosotros decidimos abandonar Chiquimula. Lucio Sosa regresó a Totonicapán y yo fui a San Miguel Chicaj en Baja Verapaz. Esto último, aún el día de hoy no le he podido dar una explicación que me satisfaga, por dos razones importantes: 1) que me gustaba vivir en Chiquimula y quizás debí haberme quedado en algún pueblo de Chiquimula para mi EPS rural, y 2) lo más importante, Rene Schneider y yo habíamos desarrollado una relación sentimental. El pasado Julio 2022, los compañeros que asistimos a la reunión me hicieron esta pregunta, y aún ahora no le puedo dar una explicación razonable. No sé qué me pudo haber obligado a abandonar Chiquimula, pero quizás es algo de lo que ahora tengo cierto remordimiento. Aunque a través del EPS rural algunos de nosotros mantuvimos alguna comunicación, creo que andábamos más preocupados por escribir una tesis para la graduación. Vino el final del EPS rural y para entonces ya estábamos en febrero de 1981. En ese mismo año todos nos graduamos.

Años Profesionales. Es de recalcar que lo que se vivía en Guatemala en 1981 era esencialmente una guerra, y fue bajo ese marco que nuestras graduaciones tuvieron que ser a puerta cerrada. Luego fue el tratar de obtener algún empleo o someternos a alguno de los exámenes de oposición que se daban en los diferentes centros hospitalarios para poder así ingresar a una residencia hospitalaria. Romeo Ordoñez y Arturo García optaron por esta posibilidad y ambos aprobaron la oposición para ingresar a la codiciada residencia hospitalaria en el IGSS. Romeo, ingresó a medicina interna y luego ejerció como médico internista con cierta afinidad por geriatría. Debido a esta afinidad, Romeo tuvo bastante influencia en la unidad de medicina geriátrica del IGSS, CAMIP. Luego, también se hizo profesor en ECTAFIDE; la escuela de Deportes de la USAC. Años después y ahora en retrospectiva, no me sorprendió saber eso de Romeo, ya que siempre le vi como el internista natural, el que sabía escuchar y ponerle atención a los detalles. En ambas profesiones fungió hasta su retiro en el año 2021. Arturo García, terminó su residencia en cirugía y luego se especializó en cirugía de mano, cargo que fungió por muchos años. Tampoco me sorprende eso de Arturo ya que siempre lo encontré como el cirujano neto, el que se daba por resolver cualquier problema quirúrgico. Actualmente, Arturo está en la subgerencia del IGSS.

Hugo Franco, luego de unos años de practicar medicina general, se convirtió en el director médico del centro de salud de Barberena, donde por muchos años fungió como director. Después de algún tiempo, Hugo realizó un Post grado en epidemiología en Venezuela. Es importante recalcar que, durante su dirección, este centro de salud tuvo una mejoría notable con respecto a cuidados de salud que repercutieron positivamente en la población de Barberena. Su notable trayectoria como director del centro de salud, es de dominio público y de orgullo nacional. Debo decir que tampoco me ha sorprendido lo de Hugo, ya que siempre se caracterizó por ser el tipo innovador, el que deseaba construir algo para el beneficio de otros, el individuo que se proyectaba a la comunidad con positividad y mucho esfuerzo. En lo privado, siempre vi a Hugo como el médico-poeta, por su gran afinidad por escribir poesía. Hugo Franco se retiró de la práctica de medicina en el año 2020. Álvaro Recinos, por otro lado, también incursionó en territorio de Peten, donde actuó medicina general por varios años. Álvaro salió a Costa Rica a tomar un post grado en administración hospitalaria, lo cual le fue fundamental en sus posiciones como director del hospital de Jutiapa y luego del hospital de Jalapa donde también dejó una notable trayectoria. Aún recuerdo a Álvaro con dotes de cirujano y de líder hospitalario. No me ha extrañado en absoluto que Álvaro haya tenido la trayectoria de director hospitalario en dos hospitales regionales, y estoy seguro que durante su tiempo a cargo de estos centros, esos hospitales muy seguramente vieron mejoras importantes. Actualmente Álvaro sigue su práctica de medicina general en San Luis Jilotepeque, Jalapa. Con respecto a Lucio Sosa, es muy probable que haya regresado a practicar medicina en Totonicapán, pero no sabemos con firmeza. Sabemos que estuvo activo en el colegio médico por algún tiempo hasta hace algunos años y sabemos que aún vive. Finalmente, el autor de estas líneas tomó un rumbo diferente. Una semana después de haberme graduado emigré a EE.UU. mucho de ello por la influencia que Rene Schneider había tenido conmigo. Después de haber pasado los respectivos exámenes, inicié una residencia en patología, especialidad que aún sigo practicando.

San José Pinula, Julio 2022. Debido a las nuevas vías de comunicación, fue que seis de nosotros tuvimos la gran suerte de poder entrar en contacto nuevamente (excepto Lucio Sosa) y poder establecer un día en el que nuevamente los mismos integrantes de aquel grupo de 1980 pudiera unirse y dialogar acerca de la experiencia en Chiquimula y de todo lo transcurrido en los últimos 40 años. Increíble, pero durante esos 40 años no había tenido ninguna comunicación con ninguno de los miembros del grupo. Sin embargo, Romeo Ordoñez, Julio Palacios, Lucio Sosa, y Arturo García, a pesar de vivir en Guatemala, han tenido muy poca interacción. Fue bajo este marco que decidimos juntarnos a finales de Julio 2002. Desafortunadamente Arturo García y Lucio Sosa no pudieron estar presentes. Arturo por razones de trabajo y Lucio nunca nos fue posible localizarlo. Nuevamente después de más de 40 años nos juntamos en un lugar diferente – San José Pínula (Fig. 1). Dialogamos durante el día y la noche y descubrimos cosas que, por alguna razón, creímos que sabíamos, pero que rápidamente descubrimos que estábamos equivocados. Para todos era muy importante volver a conversar, reunirnos fue como aquella decisión de irnos a Chiquimula que había cambiado la trayectoria de nuestras vidas. La primera pregunta fue: si lo tuviéramos que volver hacer el día de hoy volveríamos a escoger ir a Chiquimula, y la respuesta unánime fue Sí.



Fig. 1: San José Pinula, Julio 2022: de izquierda a derecha: Hugo Franco, Romeo Ordonez, César Moran, Álvaro Recinos, Julio Palacios.

El ir a Chiquimula dejó una marca en nuestra vida personal. Fueron mis compañeros los que primero preguntaron a cerca de mi vida personal. Sin embargo, expliqué que a pesar de que Rene Schneider me influenció mucho en ir a EE. UU, después de algún periodo de tiempo perdimos la comunicación y al contrario de los que mis compañeros habían pensado, mi relación con Rene Schneider pasó a ser parte del recuerdo. Sin embargo, fue aquella influencia la que me llevó a irme a EE. UU y ahora todo lo sucedido profesionalmente es de dominio público.

En efecto, mi vida cambió, ya que de no haber ido a Chiquimula por influencia de Romeo, jamás hubiese conocido a Rene y quizás nunca hubiese emigrado a EE.UU. Por otro lado, la ida a Chiquimula también tuvo su efecto en Álvaro. Una de las jóvenes de farmacia que hacían su práctica profesional y con quien Álvaro estableció una relación más especial, es actualmente la esposa de Álvaro. Para Julio Palacios, quizás uno lo pueda ver en forma más negativa, ya que a pesar de que Chiquimula es la tierra natal de la familia de Julio, existe alguna posibilidad de que de no haber sido interno en aquel tiempo, ese accidente automovilístico quizás no hubiese tomado lugar. Para Hugo, aquella experiencia le influyó en que la práctica de medicina en el interior es tan valiosa como la práctica hospitalaria en cualquier otro sitio. Todo el trabajo que Hugo desarrolló como director del centro de salud de Barberena es testimonio que, con dedicación, hay maneras de influenciar positivamente a la población. A Romeo, aunque actualmente ya no practica medicina, fue aquella experiencia en Chiquimula que quizás le dio no solo la energía para continuar su dedicación en medicina interna, sino también le dio la entereza y la seguridad de ser el excelente médico que siempre ha sido.

En el último análisis, llegamos a la conclusión de que el irnos a Chiquimula en aquel año de 1980 fue la decisión más certera para todos nosotros. Esa decisión ha repercutido por los últimos 40 años de una manera que es imposible separarla de nuestras vidas, personal o profesional. El habernos unido nuevamente después de 40 años y aclarar algunas cosas que pensamos haber estado en lo correcto, ahora se han aclarado. El grupo sigue siendo el mismo, aquellos jóvenes que quizás llenos de sueños decidieron tomar la aventura de ser internos en un hospital del interior ahora ha sido el tiempo el que les ha dado la respuesta.

Referencias bibliográficas / References

1. Facultad de Ciencias Médicas, 1979. Reglamento de escogencia de Ejercicio Profesional Supervisado Hospitalario.